IGNACIO
CAMACHO

RECELO DESENFOCADO

Quizá los ciudadanos se equivoquen y ETA no vuelva a matar. No lo necesita: toca poder con su proyecto intacto

NO se lo creen. Más de la mitad de los españoles no se fía de la retirada de ETA ni del final del terrorismo y una abrumadora mayoría de ellos rechaza cualquier medida de gracia o de diálogo con la banda y sus presos. Son demasiados años de sufrimiento, de trampas, de esperanzas rotas y de vidas truncadas para que la sociedad recupere de pronto el optimismo por arte de una magia a la que se ve de lejos el cartón de la argucia. No cuela. La gente recela de esta pazzzzzzz de diseño y teme que se trate sólo de un truco para engañar al que esté dispuesto a ser engañado. Y no quiere cesiones, ni contrapartidas, ni recompensas. Lógico. Sólo que tal vez la óptica de esos ciudadanos escépticos esté dolorosamente desenfocada. Porque las contrapartidas ya se han producido y es realmente probable que ETA ya no vuelva a matar. No lo necesita: ha alcanzado una significativa cuota de poder y su proyecto está vivo.

Quizá la peor herencia de la etapa zapaterista no sean los cinco millones de parados sino la construcción de un espacio político para este terrorismo reconvertido que pretende obtener —y en parte ya ha obtenido— por dejar de matar lo que no consiguió matando. El presunto logro del «fin de la violencia» se basa en la ruptura del principio elemental que fundamentó los duros años de la resistencia contra el delirio etarra: no permitir que el designio criminal alcanzase ninguna clase de premio por su chantaje. La ingeniería judicial del zapaterismo ha dado paso libre al brazo civil de los terroristas para insertarlos en las instituciones con su proyecto de exclusión intacto, listo para ser desarrollado y administrado por unos continuadores que han trocado el verduguillo por la corbata y se reservan la coacción tutelar que supone la persistencia de la organización armada. Sentada en el Congreso de Diputados, instalada en el poder municipal y foral y con un relevante papel a corto plazo en la autonomía, ETA se siente cómoda y no tiene necesidad de asesinar a nadie. El tiempo juega a su favor; antes de que termine la nueva legislatura puede estar en condiciones de dominar un polo secesionista capaz de plantear la autodeterminación en el Parlamento vasco.

Esto no es una fantasmagoría. Es el mapa político que deja la estrategia maniobrera del Proceso de paz, escondido bajo el alivio superficial de una renuncia teórica a la amenaza de las armas. Que el pueblo ni siquiera crea en el desistimiento es lo de menos; lo más grave es que existen razones para un cínico optimismo prágmático basadas en un profundo pesimismo moral. Y esa herencia envenenada, que obligará al próximo Gobierno a optar entre la continuidad incruenta del proyecto terrorista o su reanudación violenta, no constituye en absoluto una victoria del Estado. Quizá tampoco una derrota, pero sí un empate que sabe a lo mismo: a un final que en el mejor de los casos no será el que merecíamos.